

LA COFRADÍA  
DE LA ARMADA INVENCIBLE

EMILIO LARA

LA COFRADÍA  
DE LA ARMADA  
INVENCIBLE



Consulte nuestra página web: [www.edhasa.es](http://www.edhasa.es)  
En ella encontrará el catálogo completo de Edhasa comentado.

Diseño de la cubierta:  
Edhasa, basado en un diseño de Salva Ardid Asociados

Primera edición en tapa dura: marzo de 2016  
Primera edición en rústica: junio de 2017

© Emilio Lara, 2016  
© de la presente edición: Edhasa, 2016, 2017  
Diputación, 262, 2ª<sup>a</sup>  
08029 Barcelona  
Tel. 93 494 97 20  
España  
E-mail: [info@edhasa.es](mailto:info@edhasa.es)

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del *Copyright*, bajo la sanción establecida en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público.

Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org)) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra o entre en la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com).

ISBN: 978-84-350-6316-6

Impreso en Liberdúplex

Depósito legal: B. 11461-2017

Impreso en España

A mi padre, que sigue viviendo en mi memoria

Ha habido periodos en que las expediciones al pasado me fascinaban más que mis viajes de corresponsal y reportero. Sucedió en los momentos en que me sentía cansado de un presente en el que todo se repetía. La política: juego sucio, perfidia y mentiras; la vida del hombre gris: miseria y desesperanza; la división del mundo en Oriente y Occidente: siempre la misma.

Y así como años atrás había deseado cruzar la frontera en el espacio, ahora me fascinaba el acto de *cruzar la frontera en el tiempo*.

Ryszard Kapuscinski. *Viajes con Heródoto*

# Capítulo 1

El Escorial, 6 de mayo de 1588

Todo era gris en aquella mañana: nubes, piedras y aire. Un cielo entoldado amenazaba lluvia. Los sillares de granito del monasterio tenían el color de la pena. El viento arrastraba jirones de incienso y el humo de los cirios de la procesión que, después de rodear San Lorenzo de El Escorial, atravesaba el Patio de los Reyes.

La trompeta de la cofradía emitía unos sonos lastimosos. Era como una llamada de ultratumba. Veinte guizqueros portaban sobre sus hombros las imágenes del Crucificado y de la Dolorosa. Detrás de las efigies religiosas iban los palios de respeto, y los palieros que sostenían las varas plateadas miraban desconfiados las nubes oscuras por si comenzaban a descargar, pues entonces deberían cubrir las tallas.

Los nazarenos vestían túnica blanca y capuz y cingulo negros. Los hermanos de luz llevaban cirios, y otros cofrades las insignias de la hermandad. Varios soldados con coselete y casco montaban guardia bajo la arcada del Patio de los Reyes, y el aire movía las cintas rojas anudadas en sus picas.

Las nubes de panza de burro eclipsaron el sol y se oyó un prolongado trueno, como si hubiese estallado una santa-bárbara. Volaban las hormigas de ala y los vencejos planeaban. Olía a cera quemada, a incienso y a tierra mojada. Pronto caería un aguacero. Los fiscales, bastón en mano, vigilaban que

nadie se desmandase, porque el rey, sus consejeros, los grandes de España y dos maestros de campo iban en la procesión y la cofradía debía demostrar seriedad y recogimiento.

Fabián Escarabajal, el joven secretario de la cofradía, sujetaba con firmeza el libro de actas. Estaba extasiado. Nunca había estado en un sitio tan importante ni rodeado de gente tan principal, y, por supuesto, nunca había participado en un acto litúrgico con el rey, de modo que se sentía nervioso y, para tranquilizarse, miraba de vez en cuando al gobernador de la cofradía, Felipe Cancio, que empuñaba una plateada vara de mando. Los ojos azules del gobernador brillaban a través de las aberturas del negro capuz. Muchos cofrades caminaban envarados, imitando a los aristócratas del Consejo de Castilla que, según marcaba el rígido protocolo de la Casa de Austria, marchaban con un cirio detrás del rey, que renqueaba ligeramente, secuela de un ataque de gota.

Un relámpago iluminó el cielo encapotado. Los primeros goterones, gordos como cerezas, cayeron cuando la procesión se adentraba ya en la basílica escurialense, bajo la bóveda plana del sotacoro. Parecía que la lluvia quería respetar *in extremis* a imágenes y nazarenos. Resonó el órgano, y las gargantas de los jerónimos entonaron un cántico de acción de gracias. Las espirales aromáticas del incienso y el humazo de las velas y hachones se disipaban en su lenta ascensión. Los nazarenos se quitaron los capuces, los remetieron en el cíngulo y respiraron aliviados, tras librarse del agobio de llevar aquella capucha que les confería anonimato durante las procesiones. Unos diligentes frailes les indicaron que se sentasen en los bancos del final, y luego guiaron a los guizqueros hasta el altar mayor, ante el cual debían dejar las imágenes del Cristo y de la Dolorosa.

Los nobles, vestidos de negro como grajos, prosiguieron impávidos hasta los primeros bancos, y los militares, con sus uniformes y banda roja cruzada al pecho, se sentaron sin descomponer su grave semblante. El monarca, con andares ren-

gos, se dirigió a su sitial de la Capilla Mayor, para seguir desde allí la eucaristía.

Los cofrades apagaron los cirios, hachones y blandones de cera blanca y amarilla y los pabilos soltaron un humillo acre. El abad de San Lorenzo de El Escorial comenzó la celebración de la solemne misa, mientras las turbonadas de incienso ascendían hasta la gran cúpula. Los frailes cantaron con voces roncadas el *Improperia*, el cántico de la Adoración de la Cruz:

*Ego dedi tibi sceptrum regale:  
et tu dedisti capiti meo spineam coronam.  
Ego te exaltavi magna virtute:  
et tu me suspendisti in patibulo Crucis.*

Ambas imágenes eran de tamaño natural. El Crucificado, tumbado sobre sus andas de madera, tenía una encarnación cetrina. La palidez de la Virgen lacrimosa se acentuaba por su saya y su manto de terciopelo, ambos de color negro, y por su corona de plata.

El abad se volvió para impartir la bendición, y pronunció el «*ite, missa est*». En ese momento, un carirredondo fraile se aproximó a los cofrades y dijo:

–Su Majestad desea besar las imágenes. Acérquense vuestras mercedes.

Recogieron los cirios y los gallardetes, y recorrieron la nave central de la basílica con el corazón en un puño. Felipe Cancio iba el primero. Junto a las escalinatas del altar, ardían las velas de varios lampadarios.

–Felipe, me tiemblan las rodillas –susurró el secretario al gobernador de la cofradía cuando se acercaban al Rey Prudente.

–Ten presencia de ánimo, Fabián.

Detrás del rey, con severos rostros, estaban los nueve integrantes del Consejo de Castilla, vestidos de riguroso negro y engolados, las emperifolladas y cimbreñas damas de la Corte,



todas ellas cubiertas de delicados velos negros, y los altivos aristócratas, militares y altos funcionarios palaciegos. Todas las miradas estaban clavadas en los sayones que se acercaban, gañanes, gente de baja alcurnia a ojos de los nobles. Sin embargo, algunos cofrades caminaban tan tiesos y estaban tan hinchidos de orgullo que parecía que iban a reventarles las costuras de la túnica.

El rey también vestía de negro por entero. Era de estatura media, rubio aunque con abundantes canas en su poco pelo, de frente despejada, boca grande y labio inferior algo caído, barba recortada y puntiaguda, piel fina, sonrosada, y ojos azules de penetrante mirada. Al llegar el gobernador de la cofradía hasta él, el rey se tocó con la mano izquierda el Toisón de Oro que colgaba de su cuello y puso un instante la derecha en el hombro del gobernador, como si ésa fuese la máxima expresión de afabilidad que la etiqueta permitía. Y en un tono de voz bajo, casi de confesionario, habló con estudiada dulzura:

—Les espera a vuestas mercedes un reto de envergadura. Vuestra aportación será esencial para el catolicismo y para España. Sé que, con la ayuda de estas benditas imágenes, os sobrepondréis a las adversidades y culminaréis con éxito el asunto que se os va a encomendar. —Hizo una pausa—. Son tiempos recios para hombres recios.

Sus eses sonaban como un zumbido de abejas, y sus ojos no buscaban la mirada de su interlocutor.

—Su Majestad nos honra al habernos recibido —respondió el gobernador, inclinando la cabeza ante el monarca.

—Señor prioste, me complacería besar vuestras imágenes —pidió el rey.

—Será un honor para nosotros, Majestad.

El rey se acercó al Cristo y besó sus pies. Acto seguido rozó con los labios las manos de la Virgen y se santiguó. Los cortesanos guardaban un silencio sepulcral, atentos a los gestos y palabras del monarca, que se volvió de nuevo hacia el gobernador de la cofradía:

–Id con Dios. Que Él os ayude... En verdad vais a necesitar la protección divina para el tiempo venidero –suspiró, y se marchó medio arrastrando la pierna izquierda, la más atacada por la gota.

Los nobles no tuvieron más necesidad de mirar por encima del hombro a aquellos gañanes que habían compartido con ellos por espacio de una hora procesión y basílica, pues les dieron la espalda para seguir al achacoso rey, que se alejaba con lentitud.

El gobernador apenas tuvo tiempo de meditar acerca de las enigmáticas palabras del monarca, porque un fraile de rostro caballuno y dientes saledizos se acercó a él y le dijo con voz gutural:

–Señor prioste, acompañeme. Los demás cofrades serán conducidos a una sala para tomar una colación.

–El secretario de mi cofradía vendrá conmigo.

El jerónimo asintió.

–¿Adónde vamos? –preguntó Felipe.

–Don Gaspar de Quiroga, el inquisidor general, os espera.

## Capítulo 2

El Escorial, 6 de mayo de 1588

El fraile de rostro caballuno caminaba por corredores donde los pasos retumbaban bajo las bóvedas de medio cañón. Lo seguían Felipe y Fabián, sorprendidos de que apenas hubiese soldados entre los muros de El Escorial, pues sólo se cruzaban con silenciosos burócratas que llevaban gruesos cartapacios y resmas de papeles. En aquellas habitaciones mal soleadas, los desgarrados escribanos se frotaban los ojos con los dedos manchados de tinta, cansados después de tantas horas leyendo informes procedentes de un imperio donde no se ponía el sol y escribiendo memoriales a la luz de las velas, porque el trabajo continuaba después del ocaso.

De pronto se oyeron unas desconcertantes risotadas que provenían de un pasillo adyacente. Felipe y Fabián dirigieron sus miradas hacia el origen de las hilarantes risas y vieron aparecer de la penumbra a dos bufones y cuatro criados. Los bufoncillos vestían calzas moradas y sombrero de pluma colorada, y debían de hacer chistes muy graciosos porque los sirvientes reían hasta llorar.

–Suenan extrañas esas risas aquí –Felipe señaló al heterogéneo grupo.

–Son cosas de las «sabandijas de palacio». A Su Majestad le agrada rodearse de esa gente –contestó el fraile sin inmutarse, acostumbrado a su presencia.

Conforme dejaban atrás a los chistosos enanos de andares bamboleantes, Fabián intentaba adivinar el sentido de las palabras del monarca y el motivo por el cual el inquisidor general quería verlo. Se trataba de algo malo, de eso estaba seguro. Intentó hacer recuento de alguna falta cometida por la cofradía en los últimos meses, pero no halló nada que le pareciera sancionable por el Santo Oficio, y menos aún que mereciese la atención del mismísimo inquisidor general. ¿Por qué el obispo, la semana anterior, le había encargado a su cofradía, una hermandad de Cartagena, viajar hasta El Escorial? ¿Por qué Su Ilustrísima, cuando los llamó a capítulo en el palacio episcopal de Murcia, se mostró tan misterioso acerca del motivo por el cual la cofradía debía partir de inmediato hacia el monasterio? El cauteloso prelado sólo les dijo que se trataba de una orden expresa del rey y que el asunto estaba relacionado con la Gran Armada aprestada contra los ingleses. ¿Y para qué requería el monarca a una cofradía pasionista cartagenera? Tal vez, pensaba Fabián, el rey había escogido al azar a una de las miles de cofradías penitenciales para dar mayor esplendor a aquella ceremonia litúrgica. Todos esos pensamientos lo asaltaban desde que, días atrás, la cofradía salió de la ciudad portuaria en sus carros, en dirección a la Sierra de Guadarrama.

Sin dejar de cruzarse con funcionarios de espaldas cargadas y color ceniciento, atravesaron una galería con paredes decoradas con frescos. Por los cristales de las ventanas entraba una luz grisácea procedente del Patio de los Evangelistas, sobre cuyo templete central resbalaban las gotas de lluvia. Algunas ventanas estaban entreabiertas. De pronto, un trueno retumbó prolongadamente, como si una batería de cañones hubiese abierto fuego de manera escalonada. La pequeña comitiva subió entonces varios tramos de escaleras y cruzó un húmedo y largo pasillo, y en ese momento el jerónimo se detuvo frente a una puerta marrón, llamó con los nudillos, la abrió y, con voz subterránea, presentó a los hombres que había acompañado hasta allí:

–Eminencia, aquí está el señor prioste... y su ayudante.

Felipe y Fabián entraron en una habitación no muy grande de paredes enjalbegadas en la que sentados en torno a una mesa estaban el inquisidor general, un jesuita y un dominico. La pieza era austera, sólo adornada con un sencillo bargueño. La luz plomiza del exterior se filtraba a través de un ventanal.

–Tomen asiento –el inquisidor general señaló unos sillones frailunos–. Vuesa merced debe de ser sin duda el prioste –dijo mirando a Felipe–. ¿Quién es este joven que lo acompaña?

–El secretario de la cofradía. Según nuestros estatutos ha de acompañarme siempre para escribir luego la crónica.

–¿Es costumbre en su cofradía llamarlo prioste?

–Preferimos gobernador.

–Oh, bien, bien –contestó mientras estampaba su firma en un documento.

El cardenal Gaspar de Quiroga, arzobispo de Toledo y presidente del Consejo Supremo de la Santa Inquisición, era un anciano de barba blanca, nariz aguileña y modos pausados. En su frente, las manchas de la edad y los lunares parecían formar un mapamundi en miniatura. Tras estampar la firma, dejó la pluma en el tintero, cogió la salvadera, vertió arenilla para secar la tinta, sopló y alzó la vista para mirar con sus ojos velados por las cataratas a los dos cofrades. Los otros dos religiosos guardaban silencio.

–Gobernador, ¿sabéis, por ventura, por qué vuestra cofradía ha sido invitada a venir hoy aquí? –se restregó la frente con dos dedos, para paliar una punzada de migraña.

–El señor obispo mandó recado para que la comisión permanente de la cofradía se presentase en el palacio episcopal. Allí fuimos el tesorero, el secretario, el mayordomo y yo mismo... Y con ánimo sobrecogido, he de decir, porque suponíamos que Su Ilustrísima iba a reprendernos o ponernos algún pleito.

El inquisidor general esbozó una sonrisa de medio lado. Sabía que era corriente que las cofradías de una diócesis se en-

zarzasen en largos y enrevesados procesos judiciales o que el obispo pleitease con ellas, casi siempre por motivos económicos.

—Su Ilustrísima no se anduvo por las ramas —continuó Felipe— y dijo que había recibido el mandato de una alta autoridad eclesiástica para que eligiese una cofradía de Cartagena que viajara hasta El Escorial con sus imágenes, túnicas e insignias. El obispo eligió mi cofradía, la de la Buena Muerte. Aseguró que debíamos venir al monasterio para participar en una procesión de rogativas y que urgía partir de inmediato. Eso es todo lo que sé, Eminencia.

Había hablado con su característica economía de palabras, pues era dado a resumir y enemigo de florituras verbales. Al inquisidor general le gustaron las maneras tranquilas de aquel hombre de unos cincuenta años, ni alto ni bajo, más grueso que flaco, con voz de barítono, amplias entradas y ojos azules. Una vez acabada la explicación, el cardenal juntó las manos y una tímida sonrisa asomó en sus labios.

—El rey y yo decidimos confiar en una cofradía de una ciudad costera, de gente acostumbrada al mar y al trato con militares. Cartagena era, pues, idónea. Por eso le pedí a su obispo que eligiese una hermandad pasionista seria y de acrisolada fidelidad eclesiástica; una hermandad de hombres cabales dispuestos a acometer una gran tarea al servicio de la cristiandad. Y el obispo, tras meditarlo, escogió la cofradía del Cristo de la Buena Muerte. La suya, señor gobernador.

La luz plúmbea que se filtraba por la ventana remarcaba el rostro del inquisidor general, que acusaba el paso del tiempo: los ojos hundidos, como excavados en la calavera, las arrugas de su piel, profundas como cárcavas, y las manchas de vejez en la frente y en las manos. Los otros dos religiosos permanecían en respetuoso silencio.

—¿Qué sabéis de la Gran Armada? —continuó el viejo inquisidor.

—¿Os referís a esa gran flota que se está preparando? —preguntó a su vez Felipe.

—Así es, gobernador.

—Es sabido que se trata de algo de envergadura. Es *vox populi*. Se dice que se prepara para desbaratar a la flota inglesa. Hace unos meses, el obispo solicitó que todas las cofradías hicieran un donativo especial para ayudar a sufragarla. Mi cofradía entregó el óbolo —añadió para despejar dudas.

El inquisidor general chasqueó la lengua y soltó lo que tenía guardado como un arcabuzazo:

—Vuestas mercedes van a participar en la Empresa de Inglaterra. La Felicísima Armada, según atestiguan los entendidos en el noble arte de la guerra, es una máquina militar nunca vista antes. Nuestros marinos y soldados darán buena cuenta de los herejes.

El cardenal tosió y carraspeó para aclararse la garganta. Se dio cuenta del respingo que dio el secretario y de la mirada de sorpresa del gobernador, y trató de apaciguarlos:

—Cálmense vuestas mercedes, no se alarmen, que los cofrades no van a la guerra. Dejemos esos menesteres para la marinería y la milicia. Su cometido será combatir la herejía inglesa, ganando para la causa católica los ánimos de los irlandeses —sonrió beatífico, y su voz sonó aterciopelada como la de un clérigo que trata de ganarse la confianza de la grey.

Una ráfaga de viento y lluvia hizo que los cristales emplomados de la ventana más cercana se estremecieran. El inquisidor general juntó las palmas de las manos como si fuese a orar, miró fijamente a Felipe, y dio más fuerza a su voz:

—La flota está anclada en Lisboa. Desde allí zarpará, costeará España y Francia y se encontrará en los estrechos de Dover con los tercios, acampados desde hace tiempo en la costa flamenca. Una vez hayan embarcado las tropas, la flota cruzará el canal de la Mancha. La infantería española desembarcará en Inglaterra, avanzará sobre Londres y destronará a Isabel, la reina protestante. Acabado el despótico gobierno en la Périoda Albión, se instaurará el catolicismo y comenzará un nuevo tiempo. —El inquisidor general se detuvo un instante, miró a

sus interlocutores, y añadió con calma—: Sí, éste es el plan de la Gran Armada.

Tras la síntesis militar, el cardenal se mesó la nívea barba y escudriñó los rostros de los dos cofrades. El gobernador permanecía tranquilo, pero el joven secretario se revolvió en su asiento, emocionado al darse cuenta de que estaba viviendo un momento trascendental. El cardenal retomó su discurso:

—En virtud de los informes que obran en nuestro poder, la católica Irlanda está dispuesta a levantarse en armas contra Isabel. El rey piensa que el ejemplo de una cofradía penitencial española en procesión por su país inflamará espíritus y caldeará corazones. Será la prueba fehaciente de que Dios está con nosotros.

Un inoportuno estornudo obligó al anciano cardenal a limpiarse la nariz, moqueante y ganchuda, con un pañuelo que se sacó de la bocamanga. Respiró aliviado, y sus ojos centellearon como dos gemas. La lluvia seguía azotando el cristal, cuando el cielo plomizo pareció explotar con un trueno. Todos se mantuvieron callados hasta que el estruendo cesó.

—La misión de vuestras mercedes será embarcar junto a la Gran Armada, dirigirse a Irlanda, recorrer sus tierras y atraer al mayor número de irlandeses dispuestos a alzarse contra los ingleses. Esas milicias irlandesas, empujadas por el fervor religioso, que la cofradía debe fomentar, eliminarán toda resistencia militar inglesa en la isla. Entretanto, los invencibles tercios avanzarán por Inglaterra según el plan previsto, algo rápido, una operación fulminante —chasqueó los dedos—. Los cofrades no estarán solos. En la ciudad de Armagh se reunirán con su arzobispo, Edmund MacGauran. Hace más de un año que el prelado se cartea conmigo y con nuestro rey, aportándonos datos relevantes sobre el sistema defensivo inglés. Su Ilustrísima les proporcionará toda la información necesaria y las vituallas para la peregrinación. Además, en Lisboa zarpará con vuestras mercedes una compañía de soldados, en prevención de eventuales choques armados.



El gobernador cerró los ojos y asintió en señal de conformidad, y, acto seguido, musitó:

–Si se me permite...

–Por supuesto. Hablad sin cortapisas.

–¿No sería más adecuada una cofradía de mareantes?

–Una cofradía de pilotos, maestros y contramaestres carceraría del empuje de una de nazarenos. No es encargo para una cofradía de gloria, sino para una pasional.

–Con paz sea dicho que Su Eminencia nos honra con este encargo. Mi cofradía está dispuesta a alzar la Cruz redentora y a pasear sus imágenes por tierras extranjeras para la causa de la monarquía y de la Iglesia. Ahora bien... –hizo un suave ademán buscando la comprensión del prelado–, Su Eminencia debe tener en cuenta que muchos cofrades tienen familia a su cargo, y si desatienden a sus mujeres e hijos y descuidan sus negocios durante una larga temporada..., en fin, familias y economías se resentirán mucho. –Tras haberse decidido a exponer sus pensamientos, como hombre práctico que era, Felipe suspiró levemente y bajó la mirada.

El inquisidor general, que ya debía esperar algo semejante, sonrió mostrando los dientes desparejos que le quedaban, y dijo:

–Todo está pensado, y nada se ha dejado al azar. En este asunto no cabe gente forzada, así que sólo irán a Irlanda quienes se presenten voluntarios –se atusó su canosa barba–. La Corona se hace cargo de ello, de modo que hasta que regresen a sus hogares, cada cofrade recibirá el mismo sueldo que los capellanes de los tercios. Además, para vigilar la viña del Señor –sonrió con blandura piadosa–, se ha dispuesto que la dirección espiritual de la cofradía recaiga sobre don José Melgares, catedrático de Teología Positiva en la Universidad de Baeza.

El anciano cardenal se limpió las boqueras con una mano y señaló acto seguido al jesuita que se encontraba sentado a su derecha. Se trataba de un hombre de aspecto bonachón, de

unos sesenta años, que había permanecido desde el principio con los ojos semicerrados, en actitud meditabunda.

A Su Eminencia se le secaba la boca de tanto hablar y se mojó los labios con saliva varias veces antes de proseguir:

–También hará camino con vuestras mercedes el inquisidor don Salvador Lucero.

Hizo un gesto con la mano hacia el dominico sentado a su izquierda, un hombre delgado, de piel olivácea, ojos negros como dos escarabajos, nariz prominente y un tonsurado pelo oscuro.

–Don Salvador –continuó el achacoso cardenal– viajará en calidad de presidente del tribunal del Santo Oficio de Córdoba, pues su cometido será velar en Irlanda por la ortodoxia de la piedad religiosa, evitando así que surjan desviaciones doctrinales...; desviaciones que sin lugar a dudas supondrían un obstáculo para el feliz desenlace de la empresa –tosió sacando la lengua, y estampó algunos perdigones sobre el documento que había firmado poco antes.

–¿Y cuánto tiempo estaremos en Irlanda? Presumo que no será cuestión de pocos días...

–A todas luces, no mucho. A más tardar, para la recogida del trigo vuestras mercedes estarán de regreso en Cartagena –contestó el cardenal sin dejar de mover los dedos en el aire, como si contase los días previstos para la aventura irlandesa en un invisible ábaco–. Don José Melgares os indicará en qué lugares habréis de pernoctar hasta llegar a Lisboa, e igualmente sabrá qué hacer en cada momento y con qué personas despachar en la ciudad lusa. Asimismo, él dispondrá de la cantidad de dinero necesaria para afrontar imponderables y gastos de alojamiento en ventas y posadas cuando no sea posible hacerlo en conventos... Ah, y como es natural, saldréis de El Escorial con una buena provisión de vituallas para el camino, pues este encargo exige tener el estómago caliente y el alma tranquila –sonrió con aire paternal.

El jesuita y el dominico no habían abierto la boca en ningún momento ni hicieron gesto alguno. La obediencia al inquisidor general era férrea, según comprobó Felipe.

—Otra cosa, gobernador... Ahora..., mejor dicho, después, cuando celebréis cabildo y algunos de vuestros cofrades decidan peregrinar a Irlanda y otros regresar a casa... En fin, los que resuelvan quedarse en España habrán de retrasar la vuelta a Cartagena al menos hasta que la Gran Flota haya zarpado de Lisboa. —El cardenal entrecerró los ojos y se arrellanó en el asiento.

Felipe se mantuvo en silencio, sin mostrar reacción alguna a las palabras del inquisidor general.

—Se quedarán alojados en El Escorial, rezando y asistiendo a misa para rezar por el éxito de... la secreta expedición a Irlanda. No sufráis, gobernador, que a vuestros cofrades no habrá de faltarles de nada. —En el rostro del cardenal apareció una sonrisa fría—. Serán huéspedes de honor en nuestro monasterio.

Felipe imaginó que el inquisidor general retendría entre los muros escurialenses a los hermanos no alistados en la peregrinación para evitar que, en el camino de regreso a su ciudad, se fuesen de la lengua. De nada serviría un hipotético juramento de silencio. La noticia de la expedición a Irlanda no podía llegar a oídos inoportunos, y el factor sorpresa era de vital importancia. Además, el puerto de Cartagena era un hervidero de marinos y alguno de ellos podía ser un espía inglés encubierto. Su Eminencia, pensó Felipe, era un viejo zorro que no dejaba ningún cabo suelto.

—Con la venia de Su Eminencia...

El cardenal concedió permiso al gobernador con un leve movimiento de la mano.

—¿Figurarán por escrito las condiciones de la encomienda?

El inquisidor general arrugó el entrecejo, y con una sonrisa forzada, preguntó:

—¿Cuál es vuestro oficio?

–Soy abogado de compañías mercantes.

–Debería haberlo supuesto... Vuesa merced convendrá conmigo que este asunto exige absoluto secreto. Lo que hemos hablado es confidencial, y como Su Majestad se halla al corriente de todo, no se requiere redactar ningún... documento. Un letrado entenderá sin duda que la palabra del rey es Ley.

–Con eso me basta, Eminencia. Sin embargo...

–¿Sí? –sonó como si dijese: «¡Qué melindroso sois!».

–Los que se queden en El Escorial también se verán obligados a desatender hacienda y familia hasta que regresen a Cartagena. Y la cofradía posee un pequeño hospital a su cargo que genera gastos...

–No se preocupe vuesa merced. Quienes se queden recibirán una compensación económica por el lucro cesante y ayuda para la manutención familiar. Y también habrá un donativo para el hospital. ¿Os parece justo? –entrelazó los huesudos dedos y achicó los ojos.

El gobernador comprendió de inmediato que no era prudente exigir más, y que la oferta era innegociable. Pensó que quienes permaneciesen en El Escorial al menos obtendrían una pequeña retribución a cambio de una pasajera privación de su libertad, porque de eso se trataba, aunque el lugar del confinamiento fuese el palacio del rey.

–Estoy conforme, Eminencia.

Los dos hombres se miraron a los ojos durante unos segundos, flemáticos, calculando en sus respectivas mentes pérdidas, ganancias y cantidades monetarias, con un tintineo de pensamientos adivinado tras sus pupilas. Más que un cofrade y un príncipe de la Iglesia parecían comerciantes retratados en una tabla flamenca, negociando un contrato, cerrando un lucrativo acuerdo.

Fabián, por su parte, se sentía desbordado tanto por los acontecimientos como por la rapidez con la que se sucedían. Trataba de buscar en su mente las palabras exactas para redac-

tar la crónica de ese encuentro, porque lo que dejase consignado por escrito debía reflejar con exactitud el grandioso momento que estaba viviendo.

–Y ahora, permitidme que os entregue algo...

El anciano cardenal se levantó con dificultad del sillón. Sus huesos crujieron y la artrosis le hizo apretar los labios para contener el dolor. Caminó con dificultad hasta el bargueño, bajó la tapa de madera y sacó un relicario plateado que sostuvo con ambas manos.

–Esta preciada reliquia fue enviada hace poco por el Papa a nuestro rey como muestra del apoyo pontificio a la Empresa de Inglaterra. Se trata de un trozo del Paño de Pureza de Nuestro Señor Jesucristo. Ni siquiera ha sido consignada en los Libros de Entregas donde constan las reliquias de El Escorial.

Don Gaspar de Quiroga se acercó con andares achacosos hasta los cofrades, que se levantaron como impelidos por un resorte para besar con unción el cristalito tallado que llevaba en medio el relicario de plata labrada y que permitía ver un trocito plegado de tela vieja de color marfil. La pieza, de fina orfebrería y con forma de cruz, medía dos palmos de altura y era de base cuadrilobulada. El inquisidor general, con voz altisonante, como si predicase desde el Monte Tabor, sostuvo en alto el relicario con manos temblorosas y dijo:

–Gobernador, os entrego esta santa reliquia para que la llevéis en procesión junto a vuestras imágenes por tierras de Irlanda.

Felipe cogió con delicadeza el relicario.

–Tomad las dos cédulas –añadió el cardenal–, la del rey y la mía, para que os franqueen todas las puertas y allanen cualquier camino. Los alguaciles de los fielatos suelen ser suspicaces. –El gobernador cogió los documentos, mientras oía las últimas palabras del inquisidor general–. Ahora retiraos y reunid a la cofradía en capítulo. Mañana, al alba, partiréis hacia Lisboa –sonrió clericalmente, pero sólo con los labios, no con los ojos.

–Así se hará, Eminencia –respondió el gobernador con voz no exenta de preocupación.

El joven secretario sintió un súbito acaloramiento, una especie de combustión interna, y respiró hondo para recuperarse. Pensaba que la historia se escribía en los campos de batalla, en mares lejanos y en magnificentes salones de palacios. Pero estaba comprobando que, en realidad, se decidía en una sobria habitación, en torno a una mesa de pino... Y que, por una vez, él formaba parte de ella.

La tormenta arreciaba. La ventana estaba acribillada de gotas de lluvia y un relámpago iluminó durante unos segundos las tres hieráticas figuras de los religiosos. Ninguno de ellos se sobresaltó cuando sobrevino el estampido del trueno.

Tal vez porque esa furia de la naturaleza no era nada comparada con los castigos del Infierno que acostumbraban a predicar.